

PAZ ESPIRITUAL

Volumen 1 – Sermón No. 300

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO
19 DE FEBRERO DE 1860,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EXETER HALL, STRAND**

***“La paz os dejo, mi paz os doy”
Juan 14:27***

Nuestro Señor estaba ahora a punto de morir, de partir de este mundo, y de ascender a Su Padre, Él por lo tanto hace Su voluntad, y éste es el legado bendito que Él deja a los fieles: "La paz os dejo, mi paz os doy".

Podemos estar bien seguros de que este testamento de nuestro Señor Jesucristo es válido. Está firmado, sellado y entregado en presencia de los once apóstoles, que son testigos fieles y verdaderos. Es cierto que un testamento no está en vigor mientras vive el testador, pero Jesucristo ha muerto una vez para siempre, y ahora nadie puede disputar su legado. El testamento está en vigor, porque el testador ha muerto. Sin embargo, a veces puede suceder que los deseos de un testador en un testamento no sean tenidos en cuenta, y él, impotente bajo la tierra, es incapaz de levantarse y exigir que se cumpla su última voluntad.

Pero nuestro Señor Jesucristo, que murió, y por lo tanto hizo válido su testamento, resucitó, y ahora vive para ver cumplida cada estipulación del mismo, y este bendito codicilo: "La paz os dejo, mi paz os doy", es seguro para toda la simiente comprada con sangre. La paz es de ellos, y debe ser de ellos, porque Él murió y puso la voluntad en vigor, y vive para ver la voluntad cumplida.

El beneficio, el legado bendito que nuestro Señor ha dejado aquí, es Su paz. Esto podría considerarse como la paz con todas las criaturas. Dios ha hecho una alianza de paz entre Su pueblo y todo el universo. " Pues aún con las piedras del campo tendrás tu pacto, y las fieras del campo estarán en paz contigo". "Todas las cosas ayudan a bien a los que aman a Dios". La Providencia, que antes estaba distanciada y parecía obrar en contra de nuestro bienestar, ahora está en paz con nosotros. Las ruedas giran en feliz orden, y nos traen bendiciones tan a menudo como giran.

Las palabras de Nuestro Señor pueden referirse también a la paz que existe entre el pueblo

de Dios para con los demás. Hay una paz de Dios que reina en nuestros corazones por medio de Jesucristo, por la cual estamos vinculados en los más estrechos lazos de unidad y concordia con todos los demás hijos de Dios que podamos encontrar en nuestra peregrinación aquí abajo. Dejando, sin embargo, estas dos clases de paz, que creo que están comprendidas en el legado, procedamos a considerar dos clases de paz, que en nuestra experiencia se resuelven en una, y que son seguramente la parte más rica de esta bendición.

Nuestro Salvador significa aquí paz con Dios, y paz con nuestra propia conciencia. En primer lugar, hay paz con Dios, pues Él "nos reconcilió consigo mismo por Jesucristo", Él ha quitado el muro que nos separaba de Jehová, y ahora hay "paz en la tierra" y "buena voluntad para con los hombres". Cuando el pecado es quitado, Dios no tiene motivo de guerra contra Su criatura, Cristo ha quitado nuestros pecados, y por tanto hay una verdadera paz abundante establecida entre Dios y nuestras almas.

Esto, sin embargo, puede existir sin que lo comprendamos claramente y nos regocijemos en ello. Por eso Cristo nos ha dejado la paz en la conciencia. La paz con Dios es el tratado, la paz en la conciencia es la publicación del mismo. La paz con Dios es la fuente, y la paz con la conciencia es el arroyo cristalino que brota de ella. Hay una paz decretada en el tribunal de la justicia divina en el cielo, y luego sigue como consecuencia necesaria, tan pronto como se conoce la noticia, una paz en el tribunal menor del juicio humano, donde la conciencia se sienta en el trono para juzgarnos según nuestras obras.

El legado, pues, de Cristo es una paz doble, una paz de amistad, de acuerdo, de amor, de unión eterna entre los elegidos y Dios. Es, además, una paz de dulce gozo, de tranquilo descanso del entendimiento y la conciencia. Cuando no haya vientos arriba, no habrá tempestades abajo. Cuando el cielo está sereno, la tierra está tranquila. La conciencia refleja la complacencia de Dios. "Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de Jesucristo, Señor nuestro, por quien también hemos recibido la expiación."

Me propongo esta mañana, si Dios el Espíritu Santo tiene a bien asistirme, hablar de esta paz así, primero, su fundamento secreto; luego, su noble naturaleza; en tercer lugar, sus benditos efectos; en cuarto lugar, sus interrupciones y medios de mantenimiento; y luego concluiré con algunas palabras de solemne advertencia para aquellos de ustedes que nunca han disfrutado de la paz con Dios y, por consiguiente, nunca han tenido verdadera paz consigo mismos.

I. En primer lugar, **la paz que un verdadero cristiano disfruta con Dios y su conciencia tiene una sólida base sobre la que descansar.**

No está construida sobre una ficción agradable de su imaginación, un sueño ilusorio de su ignorancia, sino que está construida sobre hechos, sobre verdades positivas, sobre verdades

esenciales, está fundada sobre una roca, y aunque las lluvias descieran, y los vientos soplen, y las inundaciones azoten esa casa, no caerá, porque sus cimientos son seguros.

Cuando un hombre tiene fe en la sangre de Cristo, no es de extrañar que tenga paz, pues en verdad está plenamente autorizado a disfrutar de la más profunda calma que un corazón mortal pueda conocer. Porque así razona consigo mismo, Dios ha dicho: "El que cree está justificado de todo", y además, que "el que cree en el Señor Jesucristo será salvo".

Ahora, mi fe está firmemente fijada en el gran sacrificio sustitutivo de Cristo, por lo tanto ahora estoy justificado de todas las cosas, y soy aceptado en Cristo como creyente. La consecuencia necesaria de eso es que posee paz mental. Si Dios ha castigado a Cristo en mi lugar, no volverá a castigarme. "Una vez purificado, ya no tengo conciencia de pecado".

Bajo la ley ceremonial judía, se hacía mención del pecado cada año, el cordero expiatorio debía ser sacrificado mil veces, pero "Éste, habiendo hecho una sola expiación por los pecados, se sentó para siempre a la diestra de la majestad en los cielos." ¿Cómo, pregunto, puede temblar el hombre que se cree perdonado? Sería extraño, en verdad, que su fe no insuflara una santa calma en su pecho.

De nuevo, el hijo de Dios recibe su paz de otro tubo de oro, pues un sentido de perdón ha sido derramado en su alma. No sólo cree en su perdón por el testimonio de Dios, sino que tiene un sentido de perdón. ¿Alguno de ustedes sabe qué es esto? Es algo más que creer en Cristo, es la crema de la fe, el fruto maduro de creer, es un privilegio elevado y especial que Dios da después de la fe. Si no tengo ese sentido de perdón, todavía estoy obligado a creer, y entonces, creyendo, avanzaré poco a poco hasta ver lo que creí y esperé.

El Espíritu Santo derrama a veces en el creyente la conciencia de que está perdonado. Por una acción misteriosa llena el alma con la luz de la gloria. Si todos los falsos testigos de la tierra se levantaran y le dijeran al hombre en ese momento que Dios no está reconciliado con él, y que sus pecados permanecen sin perdón, él sería capaz de reírse de ellos, pues dice: "El amor de Dios es derramado en mi corazón por el Espíritu Santo."

Siente que está reconciliado con Dios. Ha llegado desde la fe hasta el goce, y cada poder de su alma siente el rocío divino mientras se destila suavemente desde el cielo. El entendimiento lo siente, se ilumina; la voluntad lo siente, se somete a la voluntad de Dios; el corazón lo siente, se enciende de amor santo; la esperanza lo siente, porque espera el día en que todo el hombre será semejante a Jesucristo, su cabeza del pacto.

Cada flor en el jardín de la humanidad siente el dulce viento del sur del Espíritu, cuando sopla sobre ella y hace que las dulces especias envíen su perfume. Entonces, ¡qué maravilla

que el hombre tenga paz con Dios cuando el Espíritu Santo se convierte en un inquilino real del corazón, con todo Su glorioso tren de bendiciones! ¡Ah! pobre alma probada, ¡qué paz y gozo indecibles reinarían en tu alma si tan sólo creyeras en Cristo!

"Sí", dices, "pero quiero que Dios me manifieste que estoy perdonado". Pobre alma, Él no hará eso de inmediato, te pide que primero creas a Cristo, y luego te manifestará el perdón de tu pecado. Es por la fe que somos salvos, no por el disfrute, pero cuando creo en Cristo, y tomo la palabra, incluso cuando mis sentimientos parecen contradecir mi fe, entonces, como una misericordiosa recompensa, Él honrará mi fe dándome a sentir lo que una vez creí cuando no lo sentía.

El creyente también goza, en tiempos favorecidos, de tal intimidad con el Señor Jesucristo, que no puede sino estar en paz. Hay dulces palabras que Cristo susurra en los oídos de Su pueblo, y hay visitas de amor que Él les hace, que un hombre no creería aunque se lo contaran. Deben saber por ustedes mismos lo que es tener comunión con el Padre y con Su Hijo Jesucristo.

Cristo se manifiesta a nosotros como no lo hace al mundo. Se destierran todos los pensamientos negros y espantosos. "Yo soy de mi Amado, y mi Amado es mío". Este es el único sentimiento del espíritu que todo lo absorbe. Y qué maravilla es que el creyente tenga paz cuando Cristo mora así en su corazón y reina allí sin rival, de tal manera que no conoce a nadie, sino sólo a Jesús.

Era un milagro de milagros que no tuviéramos paz, y lo más extraño en la experiencia cristiana es que nuestra paz no sea más continuada, y la única explicación de nuestra miseria es que nuestra comunión está rota, que nuestra comunión está estropeada, pues de lo contrario nuestra paz sería como un río, y nuestra justicia como las olas del mar.

Ese venerable hombre de Dios, Joseph Irons, que hace poco ascendió a nuestro Padre celestial, dice: "¡Qué maravilla que un cristiano tenga paz cuando lleva en su pecho los títulos de propiedad del cielo!". Este es otro sólido fundamento de la confianza. Sabemos que el cielo es un lugar preparado para un pueblo preparado, y el cristiano puede clamar a veces con los apóstoles: "Gracias sean dadas al Padre, que nos ha hecho aptos para participar de la herencia de los santos en luz."

Sintiendo que Dios le ha dado la preparación, descubre que esta preparación es una garantía para la esperanza de que entrará en la morada de los glorificados.

Puede alzar sus ojos hacia lo alto y decir: "Ese mundo resplandeciente es mío, mi herencia vinculada, la vida me mantiene alejado de él, pero la muerte me llevará a él, mis pecados no

pueden destruir las escrituras del cielo, el cielo es mío, Satanás mismo no puede excluirme de él. Debo estar, estaré donde está Jesús, porque en mi espíritu anhela ir en pos de Él, y a Él está ligada mi alma". Oh, hermanos, no es una maravilla cuando todo es bendito en el interior, y todo está en calma por arriba, que los hombres justificados posean "una paz con Dios que sobrepasa todo entendimiento".

Tal vez ustedes digan: bien, pero el cristiano tiene problemas como los demás hombres: pérdidas en los negocios, muertes en su familia, y enfermedades corporales. Sí, pero tiene otra base para su paz: la seguridad de la fidelidad y del pacto fiel de su Dios y Padre. Cree que Dios es un Dios fiel, que no desechará a quien ha amado. Todas las oscuras providencias son para él bendiciones disfrazadas. Cuando su cáliz es amargo, cree que está mezclado por el amor, y que todo debe terminar bien, pues Dios asegura el resultado final. Por lo tanto, en cualquier tiempo, su alma se refugia bajo las alas gemelas de la fidelidad y el poder de su Dios del Pacto.

El espíritu santificado está tan resignado a la voluntad de su Padre que no murmura. Para él, como solía decir Madame Guyon: "Es igual que el amor ordene su vida o su muerte, que le asigne el bien o el mal". Se contenta con lo que su Padre le manda, sabiendo que su Padre le comprende mejor que él mismo.

Entrega el timón de su barco a la mano de un Dios bondadoso, y él mismo puede dormirse plácidamente en el camarote. Cree que su Capitán tiene poder sobre los vientos y las olas, y cuando a veces siente que su barco se balancea en la tormenta, llora con Herbert...

***"Aunque vientos y olas asalten mi quilla,
Él la preserva; Él la gobierna,
incluso cuando el barco parece tambalearse.
Las tormentas son el triunfo de Su arte;
claro que puede esconder Su rostro, pero no Su corazón".***

No es de extrañar, entonces, que tenga paz, cuando puede sentir esto, y sabe que Aquel que ha comenzado la buena obra, tiene tanto la voluntad como el poder de perfeccionarla, hasta el día de Cristo.

II. Habiendo desvelado apresuradamente el fundamento secreto de la paz del cristiano, debemos detenernos unos minutos en **su noble carácter**.

La paz de otros hombres es innoble y vil. Su paz nace en los linderos del pecado. El engreimiento y la ignorancia son sus padres. El hombre no sabe lo que es, y por lo tanto piensa que es algo, cuando no es nada. Dice: "Soy rico y me he enriquecido", cuando está desnudo y es pobre y miserable.

No así nace la paz del cristiano. Esa nace del Espíritu. Es una paz que Dios el Padre da, pues Él es el Dios de toda paz, es una paz que Jesucristo compró, pues Él ha hecho la paz con Su sangre, y Él es nuestra paz, y es una paz que el Espíritu Santo obra; Él es su autor y su fundador en el alma.

Nuestra paz es, pues, hija de Dios, y su carácter es semejante a Dios. Su Espíritu es su padre, y es como su Padre. No es la paz del hombre, sino la calma imperturbable, la paz profunda del Hijo Eterno de Dios. Oh, si sólo tuviéramos esto en nuestro pecho, esta paz divina, un cristiano sería algo glorioso en verdad, e incluso ahora los reyes y los hombres poderosos de este mundo no son nada cuando se comparan con el cristiano, pues él lleva una joya en su pecho que todo el mundo no podría comprar, una joya modelada desde la antigua eternidad y ordenada por la gracia soberana para ser la alta bendición, la herencia real de los hijos elegidos de Dios.

Esta paz, pues, es divina en su origen, y también es divina en su alimento. Es una paz que el mundo no puede dar, y no puede contribuir a su mantenimiento. Los bocados más delicados de los que se haya alimentado el sentido carnal, serían amargos para la boca de esta dulce paz. Podéis traer mucho grano fino, vino dulce y aceite abundante, pero vuestras delicadezas no nos tientan, porque esta paz se alimenta del alimento de los ángeles, y no puede saborear ningún alimento que crezca en la tierra.

Si le dieras a un cristiano diez veces más riquezas de las que tiene, no le causarías diez veces más paz, sino probablemente diez veces más angustia; podrías engrandecerlo en honor, o fortalecerlo con salud, pero ni su honor ni su salud contribuirían a su paz, porque esa paz fluye de una fuente divina, y no hay arroyos afluentes de las colinas de la tierra para alimentar esa corriente divina, la corriente fluye del trono de Dios, y sólo por Dios es sostenida.

Es, pues, una paz divinamente nacida y divinamente alimentada. Y permítanme señalar de nuevo que es una paz que vive por encima de las circunstancias. El mundo ha intentado por todos los medios acabar con la paz del cristiano, y nunca ha podido lograrlo.

Recuerdo, en mi primera infancia, haber oído a un anciano pronunciar en oración una frase que se me quedó grabada: "Oh Señor, da a tus siervos esa paz que el mundo no puede dar ni quitar". Ni todo el poder de nuestros enemigos puede quitárnosla. La pobreza no puede destruirla, el cristiano en sus harapos puede tener paz con Dios.

La enfermedad no puede estropearla, tendido en su lecho, el santo está alegre en medio de los fuegos. La persecución no puede arruinarla, pues la persecución no puede separar al creyente de Cristo, y mientras es uno con Cristo, su alma está llena de paz.

"Pon tu mano aquí", dijo el mártir a su verdugo, cuando era conducido a la hoguera, "pon tu mano aquí, y ahora pon tu mano en tu propio corazón y siente cuál late más fuerte, y cuál está más turbado". Extrañamente, el verdugo quedó sobrecogido de espanto, cuando encontró al cristiano tan tranquilo como si fuera a una fiesta de bodas, mientras que él tenía toda la agitación de tener que realizar un acto tan desesperado.

Oh, mundo, te desafiamos a que nos robes nuestra paz. No la obtuvimos de ti, y no puedes quitárnosla. Está puesta como un sello en nuestro brazo, es fuerte como la muerte e invencible como la tumba. Tu corriente, oh, Jordán, no puede ahogarla, por negras y profundas que sean tus profundidades, en medio de tus tremendas olas nuestra alma está confiada y descansa todavía en Aquel que nos amó y se entregó por nosotros.

Con frecuencia he tenido que observar que los cristianos situados en las circunstancias más desfavorables son, por regla general, mejores cristianos que los que se encuentran en posiciones propicias. En medio de una gran iglesia de personas de todas las categorías, con la condición de la mayoría de los cuales estoy tan completamente familiarizado como el hombre puede estarlo, he observado que las mujeres que vienen de casas donde tienen maridos impíos, e hijos difíciles, que los jóvenes que vienen de talleres donde se oponen a ellos y se ríen de ellos, que las personas que vienen de las profundidades de la pobreza, de los antros y las cuevas de nuestra ciudad, son las joyas más brillantes que están fijadas en la corona de la iglesia.

Parece como si Dios quisiera derrotar a la naturaleza, no sólo hacer que crezca el hisopo en el muro, sino hacer que crezca allí también el cedro; Él encuentra Sus perlas más brillantes en las aguas más oscuras, y saca Sus joyas más preciosas de los estercoleros más sucios.

***"A Dios pertenecen las maravillas de la gracia,
cuenta sus misericordias en tu canto".***

Y también he descubierto que, a menudo, cuanto más perturbado está un cristiano, más pura es su paz; cuanto más pesada es la marejada de sus penas y aflicciones, más quieta, tranquila y profunda es la paz que reina en su corazón. Así pues, es una paz nacida divinamente, alimentada divinamente, y que está muy por encima de la influencia de este pobre mundo arremolinado.

Además, debo comentar brevemente sobre la naturaleza de esta paz, que es profunda y real. "La paz de Dios", dice un apóstol, "que sobrepasa todo entendimiento". Esta paz no sólo llena todos los sentidos hasta el borde, hasta que cada poder se sacia con deleite, sino que llena el entendimiento que puede abarcar el mundo entero, y comprender muchas cosas que no están dentro del alcance de la visión, incluso el entendimiento no puede abarcar la longitud

y la anchura de esta paz. Y no sólo el entendimiento no podrá abarcarla, sino que todo entendimiento es superado. Cuando nuestro juicio se ha esforzado al máximo, no puede comprender las alturas y las profundidades de esta paz profunda.

¿Has imaginado alguna vez lo que debe ser la quietud de las cavernas en la profundidad de los mares, a mil brazas bajo el seno de las inundaciones, donde los huesos de los marineros yacen imperturbables, donde nacen las perlas, y los corales que nunca ven la luz, donde el oro y la plata de los mercaderes, perdidos hace mucho tiempo, yacen esparcidos sobre el suelo arenoso, en las cuevas de las rocas, y los silenciosos palacios de la oscuridad donde las olas no se precipitan, y el pie intruso del buzo nunca ha pisado? Tan clara, tan tranquila es la paz de Dios, el plácido descanso del creyente seguro.

O levanta los ojos a las estrellas. ¿Nunca has soñado con la quietud de esos orbes silenciosos? Vayamos más allá del reino del ruido y el alboroto, pisemos la silenciosa carretera de los orbes silenciosos. Los truenos están muy por debajo de nosotros, el confuso tumulto de la multitud no contamina la santidad de esta maravillosa quietud. Mira cómo duermen las estrellas en sus dorados divanes, sólo abren sus brillantes ojos para vigilar ese mar de éter sin tormenta, y guardan los solemnes límites del reino de la paz.

Tal es la paz y la calma que reinan en el seno del cristiano. "Dulce calma", la llama uno, "perfecta paz", la presenta David; otro la llama "gran paz". "Gran paz tienen todos los que aman tu ley, y no hay para ellos tropiezo".

El año pasado, les cuento ahora un secreto de mi corazón, había un texto que se me venía a la memoria muchas veces al día. Lo soñaba cuando dormía, cuando despertaba iba conmigo, y lo verificaba, y me regocijaba en él: "Su alma morará tranquila". Ahora es mi promesa.

Hay una paz que no se obtiene con todos los artificios del lujo, ni con todo el engrandecimiento de la riqueza, una paz en la que "ni una ola de angustia recorre el apacible pecho", sino que todo es calma, y todo es claro, y todo es gozo y amor. Que podamos morar siempre en esa atmósfera serena, y que nunca perdamos la posesión de esta paz.

Para que no haya ninguno de ustedes que no entienda lo que he dicho, intentaré repetirlo brevemente con un ejemplo. ¿Ven a ese hombre? Ha sido llevado ante un tribunal cruel, está condenado a muerte.

Se acerca la hora, lo llevan a la cárcel y lo ponen allí con dos soldados para vigilarlo y cuatro soldados fuera de la puerta.

Llega la noche, se acuesta, ¡pero en qué incómoda posición! Encadenado entre dos soldados. Se acuesta y se duerme; no el sueño del criminal culpable, a quien el mismo

sentimiento de terror le hace pesados los párpados, sino un sueño tranquilo que le es dado por Dios, y que termina en una visión angélica, por la que es liberado. Pedro duerme, cuando la sentencia de muerte está sobre su cabeza, y la espada está lista para penetrar en su alma.

¿Ves otra situación? Allí están Pablo y Silas, han estado predicando y sus pies están metidos en el cepo por ello. Morirán al día siguiente, pero a medianoche cantan alabanzas a Dios, y los prisioneros los oyen. Uno habría pensado que en una mazmorra tan repugnante como esa, habrían gemido y clamado toda la noche, o que en el mejor de los casos habrían dormido, pero no, cantaron alabanzas a Dios, y los prisioneros las oyeron. Allí está la paz, la calma, la quietud del heredero del cielo.

Podría darles otra imagen de nuestros antiguos no-conformistas en los días de la perseguidora reina Isabel. Ella metió en prisión, entre muchos otros, a dos de nuestros antepasados, de nombre Greenwood y Barrow. Se les obligó a permanecer en esa repugnante y apesosa mazmorra, la Prisión de Clink, encerrados en una enorme habitación con maníacos, asesinos, criminales y similares, obligados a escuchar su espantosa conversación.

Un día llegó la orden de que debían morir. Los dos hombres fueron conducidos fuera y atados al carro, y estaban a punto de ser llevados a la muerte, pero apenas estaban fuera de la puerta cuando llegó un mensajero. La Reina había enviado un indulto. Los llevaron de vuelta a su prisión, con calma y en silencio, y al día siguiente los llevaron a Newgate, e igual de repentinamente, llegó un segundo mensajero para decir que debían ser llevados a Tyburn para morir.

Se les ató de nuevo al carro, subieron al cadalso, se les pusieron las sogas al cuello y se les permitió permanecer en esa posición y dirigirse a la multitud reunida, y dar testimonio de la libertad de la iglesia de Cristo y del derecho al juicio privado entre los hombres.

Concluyeron su discurso y, por segunda vez, aquella desdichada Reina les envió un indulto, y fueron llevados de nuevo por segunda vez al calabozo, y allí permanecieron en Newgate, pero sólo unos días más, y luego, por tercera vez, fueron sacados, y esta vez fueron ahorcados en realidad, pero en cada ocasión fueron al cadalso tan alegremente como los hombres van a sus camas y parecían tan gozosos como si fueran a una corona, en lugar de a un cabestro.

Tales ejemplos pueden mostrar todas las iglesias de Cristo. Dondequiera que ha habido un verdadero cristiano, el mundo ha hecho todo lo posible por apagar su paz, pero es una paz que nunca puede ser apagada; vivirá con el cabestro al cuello, con las tenazas calientes desgarrando su carne, con la espada en sus mismos huesos, vivirá, hasta que montando desde la zarza ardiente de la tierra, esta ave del paraíso luzca su brillante plumaje en medio del huerto del paraíso.

III. Habiéndolos retenido en este punto más de lo que pensé que debería hacerlo, me apresuro al tercer punto, **los efectos de esta paz divina**.

Los benditos efectos de esta paz divina son, en primer lugar, el gozo. Notarán que las palabras "gozo" y "paz" están continuamente juntas, porque el gozo sin paz era un gozo profano e infeliz, el crepitar de las espinas bajo una olla, defectuoso, meras llamas de gozo, pero no las rojas brasas incandescentes de la bienaventuranza.

Ahora bien, la paz divina da alegría al cristiano, ¡y qué alegría! ¿Has visto alguna vez el primer destello de gozo cuando ha aparecido en los ojos del penitente? Ha sido mi felicidad orar con muchos pecadores convictos, presenciar la profunda agonía de su espíritu y compadecer profundamente a la pobre criatura en su aflicción por el pecado.

He orado y he exhortado a la fe, y he visto ese destello de alegría, cuando al fin se pronunció la palabra esperanzadora: "Creo en el Señor Jesucristo de todo corazón". ¡Oh, esa mirada de gozo! Es como si las puertas del cielo se hubieran abierto por un momento, y algún destello de gloria hubiera resplandecido sobre el ojo y se hubiera reflejado en él.

Recuerdo mi propia alegría, cuando por primera vez tuve paz con Dios. Pensé que podría danzar todo el camino a casa. Pude entender lo que dijo John Bunyan, cuando declaró que quería contárselo todo a los cuervos de la tierra arada. Estaba demasiado lleno para aguantar, sentía que debía contárselo a alguien. ¡Oh! había alegría en el hogar aquel día, cuando todos oyeron que el hijo mayor había encontrado un Salvador y se sabía perdonado, una dicha comparada con la cual todas las alegrías de la tierra son menos que nada y vanidad. Como la moneda falsa a la verdadera, así son las viles alegrías de la tierra a la verdadera alegría que brota de la paz con Dios.

Joven hombre, Joven mujer, si quieres tener una dicha como nunca antes has conocido, debes reconciliarte con Dios por medio de la sangre de Cristo, pues hasta entonces nunca podrás conocer el gozo verdadero y el placer duradero.

El primer efecto de esta paz es la alegría. Luego sigue otro: el amor. El que está en paz con Dios por la sangre de Cristo se ve obligado a amar a Aquel que murió por él. "¡Precioso Jesús!", clama, "¡ayúdame a servirte! Tómame como soy y hazme algo. Úsame en tu causa, envíame a la parte más lejana de la verde tierra, si quieres, para decir a los pecadores el camino de la salvación. Iré alegremente, porque mi paz aviva la llama del amor, que todo lo que soy y todo lo que tengo será, debe ser, para siempre Tuyo."

Luego viene la ansiedad por la santidad. El que está en paz con Dios no desea pecar, pues

tiene cuidado de no perder esa paz. Es como una mujer que ha escapado de una casa en llamas, tiene miedo de cada vela después, no sea que vuelva a caer en el mismo peligro. Camina humildemente con su Dios. Constreñido por la gracia, este dulce fruto del Espíritu, la paz, lo lleva a esforzarse por guardar todos los mandamientos de Dios, y a servir a su Señor con todas sus fuerzas.

Por otra parte, esta paz nos ayudará a soportar la aflicción. Pablo la describe como un calzado. Como él dice, "Vuestros pies calzados con el apresto del evangelio de paz". Nos capacita para pisar sobre los pedernales más afilados del dolor, sí, sobre víboras y sobre serpientes, también, nos da poder para caminar sobre las zarzas de este mundo, y nuestros pies no son heridos. Pisamos el fuego y no nos quemamos.

Este divino calzado de paz nos hace caminar sin cansancio y correr sin desfallecer. Todo lo puedo cuando mi alma está en paz con Dios. No hay sufrimientos que muevan mi alma al dolor, no hay terrores que blanqueen mi mejilla, no hay heridas que me obliguen a un temor ignominioso cuando mi espíritu está en paz con Dios. Convierte a un hombre en un gigante: hace que el enano alcance el tamaño de Goliat. Se convierte en el más poderoso de los poderosos, y mientras los débiles se arrastran por esta pequeña tierra, postrados hasta el mismo polvo, él la recorre como un Coloso. Dios lo ha hecho grande y poderoso, porque ha llenado su alma de paz y de alegría desbordante.

Podría decirles más acerca de los benditos efectos de esta paz, pero me contentaré con señalar simplemente que esta paz da audacia ante el trono, y acceso al propiciatorio de un Padre. Sentimos que estamos reconciliados, y por tanto, ya no nos mantenemos a distancia, sino que nos acercamos a Él, incluso a Sus rodillas, exponemos nuestras necesidades delante de Él, abogamos por nuestra causa, y descansamos satisfechos del éxito, porque no hay enemistad en el corazón de nuestro Padre hacia nosotros, y no hay enemistad en el nuestro hacia Él. Somos uno con Dios, y Él es uno con nosotros, por Jesucristo nuestro Señor.

IV. Y ahora tengo un deber práctico que cumplir, y con esto terminaré después de haber dicho unas palabras a los que no saben nada de esta paz. Las observaciones prácticas que tengo que hacer se refieren al tema de las ***interrupciones de la paz***.

Todos los cristianos tienen derecho a la paz perfecta, pero no la poseen toda. Hay momentos en que prevalecen las dudas sombrías, y tememos decir que Dios es nuestro. Perdemos la conciencia del perdón, y andamos a tientas en el mediodía como en la noche. ¿A qué se debe esto? Creo que estas interrupciones pueden deberse a una de cuatro causas.

A veces se deben a las feroces tentaciones de Satanás. Hay períodos en que con crueldad sin par Satanás asalta a los hijos de Dios. No es de esperar que mantengan una paz perfecta

mientras luchan con Apolión. Cuando el pobre cristiano fue herido en la cabeza, y en las manos, y en los pies, no es de extrañar que gimiera sobremanera, y como dice Bunyan: "Nunca lo vi en todo el tiempo dar ni siquiera una mirada agradable, hasta que percibió que había herido a Apolión con su espada de dos filos, entonces, en verdad, sonrió y miró hacia arriba, pero fue la lucha más espantosa que jamás vi".

Nota, no hay tal cosa como una perturbación de la realidad de la paz entre Dios y el alma, porque Dios está siempre en paz con aquellos que están reconciliados con Él por Cristo, pero hay una perturbación del goce de esa paz, y eso se efectúa a menudo por los aullidos de ese gran perro del infierno. Viene contra nosotros con todas sus fuerzas, con la boca abierta listo para tragarnos rápidamente, y si no fuera por la misericordia divina lo haría. No es de extrañar que a veces nuestra paz se vea afectada, cuando Satanás es feroz en sus tentaciones.

En otro momento, la falta de paz puede surgir de la ignorancia. No me sorprende que un hombre que cree en la doctrina arminiana, por ejemplo, tenga poca paz. No hay nada en la doctrina que le dé paz. Es un hueso sin médula, es una religión que me parece fría, sin savia, sin médula, sin fruto, amarga y no dulce. No hay nada en ella excepto el látigo de la ley, no hay grandes certezas, no hay hechos gloriosos de amor de pacto, de gracia selectiva, de fidelidad Todopoderosa y compromisos de garantía. Nunca discutiré con el hombre que pueda vivir de piedras y escorpiones como la elección condicional, la redención fortuita, la perseverancia cuestionable y la regeneración inútil.

Puede haber algunos, supongo, que puedan vivir de esta carne seca. Si pueden vivir de ella, que así sea, pero creo que muchas de nuestras dudas y temores surgen de la ignorancia doctrinal. Tal vez no tienen una visión clara de ese pacto hecho entre el Padre y Su glorioso Hijo, Jesucristo, no saben cómo deletrear la palabra "Evangelio", sin mezclar en ella la palabra "ley". Tal vez no han aprendido plenamente a mirar fuera de sí mismos a Cristo para todo. No saben distinguir entre la santificación, que varía, y la justificación, que es permanente.

Muchos creyentes no han llegado a discernir entre la obra del Espíritu y la obra del Hijo, y ¿cómo te sorprendes, si eres ignorante, que a veces te falte la paz? Aprended más de ese precioso Libro y vuestra paz será más continua.

Por otra parte, esta paz suele verse empañada por el pecado. Dios oculta su rostro tras las nubes de polvo que levanta su propio rebaño al recorrer el camino de este mundo. Pecamos, y luego nos entristecemos por ello. Dios sigue amando a Su hijo, incluso cuando peca, pero no dejará que el hijo lo sepa. El nombre de ese hijo está en el registro familiar, pero el Padre cierra el libro, y no le permitirá leerlo hasta que se arrepienta completamente de nuevo, y regrese una vez más a Jesucristo.

Si puedes tener paz y sin embargo vivir en pecado, fíjate en esto, no has sido renovado. Si puedes vivir en iniquidad, y sin embargo tener paz en tu conciencia, tu conciencia está cauterizada y muerta. Pero el hombre cristiano, cuando peca, comienza a espabilarse, si no en el mismo momento en que cae, no pasa mucho tiempo antes de que la vara de su Padre esté sobre su espalda, y comience a clamar,

***"¿Dónde está la bienaventuranza que conocí cuando vi al Señor por primera vez?
¿Dónde está la visión refrescante del alma acerca Jesús y Su Palabra?"***

Una vez más, nuestra paz puede ser interrumpida también por la incredulidad. De hecho, este es el cuchillo más afilado de los cuatro, y cortará más fácilmente el hilo de oro de nuestros placeres.

Y ahora, si quieren mantener una paz inquebrantable, acepten el consejo del ministro de Dios esta mañana, aunque sea joven. Acepten el consejo que él puede garantizar que es bueno, pues es bíblico. Si quieren mantener su paz continua e inquebrantable, miren siempre al sacrificio de Cristo, nunca permitan que sus ojos se dirijan a otra cosa que no sea Jesús.

Cuando te arrepientas, oyente mío, sigue manteniendo tu mirada en la cruz, cuando trabajes, trabaja en la fuerza del Crucificado. Todo lo que hagas, ya sea el autoexamen, el ayuno, la meditación o la oración, hazlo todo bajo la sombra de la cruz de Jesús, o de lo contrario, vive como quieras, tu paz no será más que una cosa triste, estarás lleno de inquietud y de dolorosos problemas. Vive cerca de la cruz y tu paz será continua.

Otro consejo. Camina humildemente con tu Dios. La paz es una joya, Dios te la pone en el dedo, enorgullécete de ella, y Él te la volverá a quitar. La paz es un vestido noble, presume de tu vestido, y Dios te lo quitará. Recuerda el hoyo de la fosa de donde fuiste extraído, y la cantera de la naturaleza de donde fuisteis labrados, y cuando tengáis la brillante corona de la paz sobre vuestra cabeza, acordaos de vuestros pies negros, es más, aun cuando esa corona esté allí, cubridla y cubrid vuestro rostro con esas dos alas, la sangre y la justicia de Jesucristo. Así se mantendrá tu paz.

Y de nuevo, caminad en santidad, evitad toda apariencia de maldad. "No os conforméis a este mundo". Defiendan la verdad y la rectitud. No permitas que las máximas de los hombres influyan en tu juicio. Buscad al Espíritu Santo para que viváis como Cristo, y vivid cerca de Cristo, y vuestra paz no será interrumpida.

En cuanto a aquellos de ustedes que nunca han tenido paz con Dios, sólo puedo albergar un sentimiento hacia ustedes, a saber, el de lástima. ¡Pobres almas! ¡Pobres almas! Pobres almas, que nunca conocieron la paz que Jesucristo da a Su pueblo. Y mi compasión es tanto

más necesaria cuanto que ustedes no se compadecen de sí mismos.

Ah, almas, se acerca el día en que ese Dios del que ahora son enemigas, las mirará fijamente a la cara. Deben verlo, y Él es "un fuego consumidor". Deben mirar ese horno ardiente, y hundirse, y desesperarse, y morir. ¿Morir, dije? Peor que eso. Debes ser arrojado al pozo de la condenación, donde morir es una bendición que nunca puede ser concedida.

¡Oh, que Dios te dé paz por medio de Su Hijo! Si ahora estás convencido de pecado, la exhortación es: "Cree en el Señor Jesucristo". Así como estás, se te pide que pongas tu confianza en Aquel que murió en el madero, y si haces esto, todos tus pecados serán perdonados ahora, y tendrás paz con Dios, y dentro de poco, lo sabrás en tu propia conciencia y te regocijarás. Busca esta paz y persíguela, y sobre todo, busca al Pacificador, Cristo Jesús, y serás salvo. Que Dios te bendiga por amor de Jesús. Amén.

EstudiaLaPalabra.org